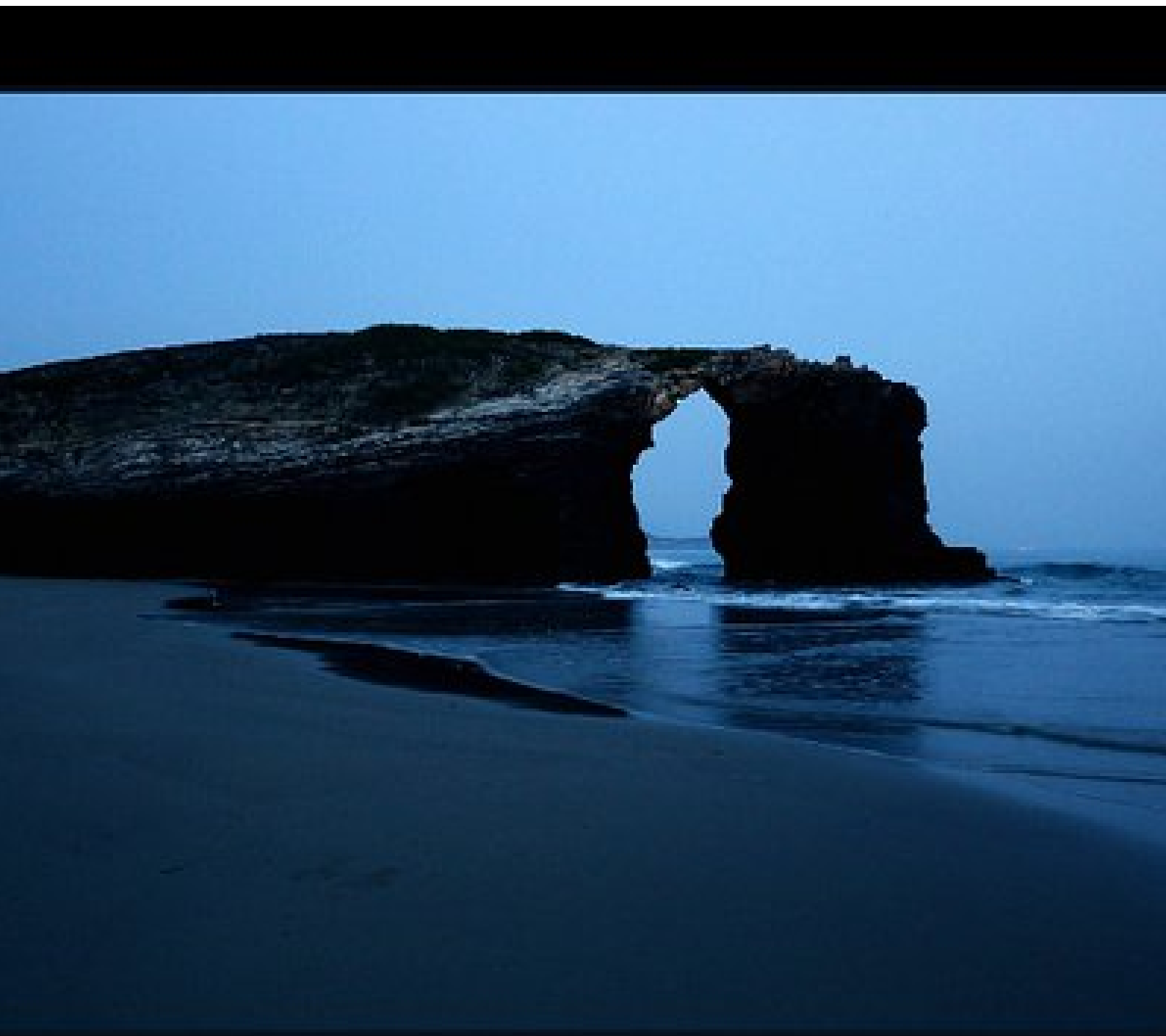


LA TORRE NEGRA

Inma Longarela Ceide



MA.GO © photos 2010

Capítulo 1

LA TORRE NEGRA

LA TORRE NEGRA

El ama de llaves la examinó de arriba a abajo con altivez.

_ No os esperábamos esta noche... y menos con la que está cayendo. Hasta las ratas se guarecen de una tormenta como esta_ comentó molesta.

Angélica no había esperado un recibimiento cortés. La mala fama de aquella avinagrada arpía había llegado hasta sus oídos mucho tiempo atrás, después de hacerse pública la tragedia.

_ Seguidme. Os mostraré vuestro aposento. Mañana os indicaré vuestras obligaciones y quehaceres. Aunque desde este momento ya os advierto... _ le anunció amenazante_ No pondréis un pie en ningún lugar del castillo si no lo he autorizado antes... ¿queda claro?

Angélica metió la mano en el bolsillo de la vieja capa que le habían prestado y acarició levemente y con cuidado la ampolla que contenía el veneno. Apenas un brillo sutil en sus ojos reflejó la satisfacción y el deleite de sentirse tan cerca del hombre que tanto odiaba. Sabía que, ahora, ambos pisaban el mismo suelo. En algún lugar de aquel castillo, su víctima, permanecía ajena a lo que muy pronto le depararía el destino. La muerte. Sólo tenía que llegar hasta él y cumplir el juramento. Entonces y sólo entonces, el pueblo sería vengado por la muerte de su rey...

Capítulo 2

LA TORRE NEGRA

Acostumbrada a una vida cómoda y lujosa, se horrorizó al contemplar el cuchitril que aparecía ante sus ojos. Con gran esfuerzo disimuló una leve sonrisa hacia el ama de llaves mientras ésta magnificaba la categoría del deprimente habitáculo al definirlo como uno de los mejores aposentos del castillo... para la servidumbre. No quiso imaginar qué aspecto tendrían los demás.

_ Yo soy la señora de ésta casa_ le espetó con arrogancia_ sólo a mí habéis de dirigir cualquier petición. Os queda terminantemente prohibido husmear en cualquier rincón del castillo y si deseáis conservar el empleo manteneos al margen de cualquier chismorreos o murmuración.

Por un instante, todos sus sentidos se agudizaron al máximo. Su olfato identificó el olor de la mugre y la humedad. Su oído, el chirriar de la destartada puerta al cerrarse tras de sí. Sus ojos, profundamente sombríos y apenados, compararon el mísero catre que se hallaba frente a ella con la mullida cama con dosel que había acogido su joven y estilizado cuerpo durante años.

No iba a ser fácil... no. Alguien de su alcurnia rebajada al ficticio papel de una simple sirvienta. Y su extremada rebeldía puesta a prueba le podría acarrear el fracaso que tanto temía.

No. Angélica nunca se había sometido ni a señores, ni a damas de alta alcurnia que, más de una vez, habían intentado doblegarla a sus normas estrictas y severas en cuanto al comportamiento de una dama de la más alta sociedad. Desafiante ante las viejas costumbres de la rancia nobleza,

se había agenciado para sí, por méritos propios y muy a su pesar, el título rimbombante de "excelencia de excelencias" en tono irónico y burlón.

Jamás se imaginó, ni deseó, que un futuro monarca quedara prendado de sus despreciadas cualidades. Y, ante su presencia, cuando fue requerida, mostró más altivez de la que había demostrado en su vida, sorprendiéndose, cuando aquel inminente poseedor de un reinado, le sonrió, y con mirada profunda y palabras dulces le susurró:

_ Vos sois la mujer que deseo como reina. Vuestra valentía y osadía me provocarán algún disgusto, lo sé. Pero, esas mismas cualidades, complementadas con mis conocimientos, fuerza y valor, convertirán nuestro reino en el más próspero, admirado e incomparable lugar de toda la tierra conocida. Así pues, ¿me haríais el honor de convertirnos en mi esposa el mismo día que me coronen como rey?

Bello sueño que nunca se cumplió a pesar de entregarse con amor, cuando el dulce amparo de sus brazos, en un momento, se quebró.